



EL PINTOR DE LA PLAYA

José Mudarra Herrera

EL PINTOR DE LA PLAYA



Primera edición: marzo 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Mudarra Herrera

© Lámina de portada e ilustraciones: José Mudarra Herrera

ISBN: 979-13-87612-80-1

ISBN digital: 979-13-87612-81-8

Depósito legal: M-6699-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Al pintor de la playa que me enseñó, entre pinceles y brisa
marina, a mirar el mundo con ojos nuevos y a descubrir la luz
y la transparencia de las acuarelas.*



NOTA:

Algunos de los lugares, situaciones y nombres de personas que aparecen en la novela son ficticios.

Índice

Prólogo	11
PRIMERA PARTE.....	15
Capítulo 1	17
Capítulo 2	23
Capítulo 3	33
Capítulo 4	41
Capítulo 5	45
Capítulo 6	53
Capítulo 7	59
Capítulo 8	61
Capítulo 9	65
Capítulo 10	71
Capítulo 11	81
Capítulo 12	87
Capítulo 13	93
Capítulo 14	111
Capítulo 15	115
Capítulo 16	121
Capítulo 17	129
Capítulo 18	135
Capítulo 19	139
Capítulo 20	143
Capítulo 21	145
Capítulo 22	149

Capítulo 23.....	157
Capítulo 24.....	167
Capítulo 25.....	173
Capítulo 26.....	181
Capítulo 27.....	185
Capítulo 28.....	189
Capítulo 29.....	195
Capítulo 30.....	209
Capítulo 31.....	219
Capítulo 32.....	225
Capítulo 33.....	233
Capítulo 34.....	241
Capítulo 35.....	247
Capítulo 36.....	251
Capítulo 37.....	261
Capítulo 38.....	265
Capítulo 39.....	269
SEGUNDA PARTE.....	271
Capítulo 40.....	273
Capítulo 41.....	275
Capítulo 42.....	281
Capítulo 43.....	293
Capítulo 44.....	301
Capítulo 45.....	311
Capítulo 46.....	315
Capítulo 47.....	321
Capítulo 48.....	327
Capítulo 49.....	335
Capítulo 50.....	339
Capítulo 51.....	343
Capítulo 52.....	347
Capítulo 53.....	355

Prólogo

Una tarde de octubre, como acostumbraba a hacer a menudo, salí a dar un largo paseo desde mi domicilio en el barrio de Sarriá hasta la parte vieja de la ciudad. Era un trayecto cuesta abajo, largo pero agradable. El regreso solía hacerlo en metro; a mi edad, la cuesta arriba me agota. Con ello cumplía con la insistente recomendación de mi médico de que debía abandonar mi vida sedentaria y andar un par de horas varios días a la semana.

Pasear por Barcelona en una templada tarde de otoño, recorrer los lugares que solía frecuentar en mi juventud, era un placer no exento de nostalgia. Deambular por las angostas calles del Barrio Gótico, del Raval y de La Ribera era, para mí, como asistir a la proyección de una película en blanco y negro que me llevaba, de puntillas, entre los restos de un pasado que ya solo existía en mi recuerdo. Acostumbraba a tomar un café en la antigua cafetería de la que mi esposa y yo éramos asiduos. Buscaba la misma mesa cerca de la cristalera modernista que daba a la calle Ferrán y revisaba la decoración. Todo estaba como en aquella época, pero cubierto de una pátina amarillenta. Incluso el característico aroma del lugar no había cambiado. Sentado en un desgastado sillón, tomaba el café aderezado con unas gotas de nostalgia mientras dejaba vagar la memoria. Evocaba cómo pasábamos largos ratos sentados en aquellos sillones tapizados de terciopelo rojo, donde comentábamos, y a veces discutíamos, la última película de Ingmar Bergman que habíamos visto aquella misma tarde en un cine de arte y ensayo.

En la calle Banys Vells acostumbraba a detenerme frente a los escaparates de los talleres de artesanía, en las librerías, en los anticuarios y en algún que otro pequeño negocio de los que, poco a poco, iban cerrando sus puertas para aparecer en su lugar, a los pocos días, un bazar chino, un restaurante vegano, un bar de tapas o un comercio de ropa alternativa. Donde más me entretenía era en las tiendas de libros de segunda mano y en las de antigüedades, establecimientos tristes y lúgubres donde casi nunca había nadie más que el propietario, que mataba el aburrimiento delante de una pantalla de ordenador y esperaba que aquella tarde hubiera suerte y sonara la campanilla de la puerta que anunciaba la entrada de algún cliente o curioso.

En aquella ocasión, al mirar los objetos que había expuestos en uno de los escaparates mal iluminados recargados de tazas de porcelana, platos de La Cartuja de Sevilla, joyas antiguas y viejas tallas policromadas de santos, me llamó la atención un pequeño cuadro: una acuarela enmarcada con un desconchado marco negro. El tema de la pequeña pintura era una marina, con una barca en primer término y con la playa y el mar al fondo.

No pude apartar la vista de ella; no me resultaba desconocida. A pesar del papel amarillento, el tratamiento del tema, aquella barca, los colores y transparencias me hicieron recordar otras aguas que había visto del mismo estilo. En la parte inferior derecha se podía leer la firma del autor: A. Frigola. Ya no cabía ninguna duda; era quien yo me imaginaba. Entré en la tienda decidido y la compré sin regatear por lo que me pidió el anticuario. No atendí a sus explicaciones con las que pretendía justificar el precio. Me la envolvió, salí a la calle y tomé un taxi.

De regreso, ya en casa, deshice el envoltorio de papel de seda donde había empaquetado el cuadrado y me quedé largo rato contemplándolo. Mi mente, de inmediato, se sumergió y bucé en mi memoria rescatando de entre mis recuerdos a aquel Antonio Frigola que yo conocí de niño. ¡Habían pasado tantos años! Saqué una cerveza del frigorífico, puse en marcha el reproductor de CD

y la música de piano de Erik Satie comenzó a sonar. Busqué en los cajones del escritorio hasta que di con un paquete de Marlboro en el que aún había varios cigarrillos que quedaron allí el día que dejé de fumar. Cogí uno y lo encendí. Aquella primera bocanada de humo me hizo toser. Me eché en el sofá y de vez en cuando cogía el cuadro y miraba la pintura. Los recuerdos fluían desordenados. Eran *flashes* de imágenes que se mezclaban sin orden ni concierto.

Pasaron unas horas y en aquel intervalo de tiempo me dormí algún rato. Al despertarme, como si hubiera accionado un resorte, me levanté y fui a mi despacho. Conecté el portátil, abrí una página de Word y comencé a escribir los recuerdos que, de forma atropellada, acudían a mi cabeza. Conforme escribía me sorprendió que, a pesar del tiempo transcurrido, hubiera guardado aquella historia a buen recaudo en el desván de mi memoria y que, por alguna razón, la casualidad o el destino me había llevado aquel día a desempolvarlos y reencontrarme de nuevo con Antonio Frigola.

PRIMERA PARTE



Capítulo 1

Barcelona, 1935

El bufete Frigola e Hijo, Abogados se encontraba en el número 82 de la Vía Layetana, un edificio construido a principios de siglo al abrirse la gran avenida que llega hasta el mar. Era uno de aquellos inmuebles modernistas en los que se habían combinado distintos estilos arquitectónicos en un eclecticismo un tanto vulgar de nuevo rico. La burguesía catalana no había dudado en adquirir apartamentos y oficinas en las nuevas construcciones y, al mismo tiempo, apuntarse a esa corriente estética con la que dejaban patente su poder económico y su modernidad.

En 1920, don Pedro Frigola, conocido abogado, decidió cerrar su viejo y decimonónico despacho de la Rambla de Santa Mónica y mudarse a las modernas dependencias de la flamante Vía Layetana. Aquel cambio no dejó de causarle cierta nostalgia, ya que en la antigua oficina habían ejercido la abogacía su abuelo y su padre desde hacía más de setenta años. Aun así, él se tenía por un hombre moderno con visión de futuro y abrigaba la esperanza de que alguno de sus hijos varones, si no los dos, continuaran con la tradición familiar y mantuvieran el prestigio de su despacho entre la élite de los juristas de la ciudad.

Los Frigola pertenecían a la burguesía catalana, ese exclusivo círculo de clanes familiares de rancio abolengo vetado a cualquier arribista por potentado o poderoso que fuera, y su bufete era el tradicional de aquella élite cerrada y egocéntrica. Pedro Frigola se permitía escoger y rechazar los casos que no hicieran brillar o menoscabaran su prestigio.

En 1935, el floreciente despacho de abogados estaba sufriendo, como tantos otros profesionales y negocios, la inestabilidad política y el descontrol en el que se había sumido la sociedad española desde la instauración de la II República. Sus clientes, preocupados, le pedían consejo antes de tomar decisiones que afectaran a su patrimonio. En aquellos días, nada estaba seguro, ni tan siquiera la integridad física, sobre todo la de la gente de su clase.

El propio Pedro Frigola se planteaba muy seriamente qué medidas adoptar en el caso de que el desgobierno y el populismo continuaran campando a sus anchas. En aquellos momentos, todo era imprevisible y él no iba a permitir que su familia corriera riesgo alguno y, por ende, tampoco su fortuna, por lo que desde hacía algún tiempo había realizado gestiones para guardarla a buen recaudo en Suiza.

Antonio, su hijo mayor, subía despacio las escaleras. No había querido tomar el ascensor hasta la quinta planta, donde se encontraba el despacho de su padre. Pensó que le vendría bien un poco de ejercicio. Un quinto piso de ese edificio, con techos tan altos y con planta baja más un principal, en realidad eran siete pisos

que subir. Jadeaba a pesar de sus veintitrés años y su buen estado físico, aunque la verdadera razón de su voluntaria ascensión por la escalera no fuera otra que el deseo inconsciente de retrasar la misteriosa entrevista con su padre. No podía esperar nada agradable ni positivo tras su llamada pidiéndole que fuera a verlo al despacho aquella misma mañana.

Contaba los peldaños de mármol blanco apoyado en la dorada barandilla de metal frío y reluciente. Absorto en sus pensamientos, no devolvió el saludo de alguien con el que se cruzó en la escalera. Se preguntaba cuál sería el motivo que tendría su padre para hacerlo ir hasta allí. Acostumbraba a soltar sus reprimendas durante la cena, humillándolo delante de su madre, sus hermanos e, incluso, del servicio. En la mayoría de las ocasiones, por sus pésimas notas en la universidad, sus costumbres bohemias, sus amistades poco recomendables y por los antros que frecuentaba, inapropiados para un chico de su posición social.

Era consciente de que los últimos exámenes del cuarto curso de derecho no habían sido ni por asomo tan buenos como su padre hubiera querido. «Un simple aprobado equivale a la consolación de un suspenso», decía don Pedro. Las calificaciones que no fueran notables o sobresalientes para él no eran satisfactorias. «¿Una vez más tendré que soportar sus cansinas explicaciones del nivel académico que él consiguió en la carrera, con no sé cuántos *cum laudé?*». Su padre no aceptaba que, para Antonio, estudiar leyes fuera una condena impuesta. Estos estudios no eran los que de forma voluntaria habría escogido si le hubieran dado la oportunidad. En su familia no había alternativa; aquella era una saga de abogados, lo había sido durante tres generaciones, y su padre pensaba continuar con la costumbre de incorporar a sus hijos al bufete en cuanto acabaran sus carreras. Pero ese día estaba seguro de que debía tratarse de algo distinto y bastante importante, lo suficiente como para citarlo en su despacho, sin testigos, fuera del entorno familiar y lejos de la mirada escrutadora y comprensiva de mamá, «La defensora de los incautos», tal y como la llamaba su esposo.

Antonio no se sentía querido por su padre. En ocasiones, su mirada revelaba la decepción y la desconfianza que le profesaba sin un atisbo de afecto. Ni tan siquiera le daba un beso de buenas noches, como sí hacía con su hermano menor. Él tampoco sentía cariño por su padre, más bien al contrario; profesaba un profundo desprecio por su autoritarismo y su soberbia y por lo que representaba: el paradigma de la burguesía catalana, elitista, clasista y egocéntrica, digna heredera de una época feudal que se negaba a superar y a renunciar a sus antiguos privilegios.

En cambio, hacia su madre sentía una gran ternura. Era una mujer sensible y frágil, una víctima más de la prepotencia de su padre. Sufría en silencio la mala relación entre padre e hijo y procuraba compensarlo en ocasiones con unas muestras de cariño excesivas.

Antonio, de mala gana, sin fuerzas para enfrentarse a él, aceptaba sus reprimendas como algo ineludible. Tras fuertes disputas con su padre, había claudicado y renunciado a su pretensión de estudiar Bellas Artes para ingresar en la Facultad de Derecho.

Aquella carrera lo aburría. Los largos discursos de los catedráticos en leyes, los gruesos tomos, el derecho romano, el penal, el mercantil, le importaban muy poco y le interesaban aún menos. Tenía que hacer grandes esfuerzos para concentrarse en los soporíferos textos. Durante las clases, sin poder evitarlo, se dispersaba con facilidad perdiéndose buena parte de las explicaciones del profesor mientras su mente volaba por lugares bien distintos.

Antonio era un joven alto y delgado, de facciones agradables y varoniles, moreno, con el pelo ensortijado y barba cerrada. Había sacado los oscuros y grandes ojos de su madre, doña Carmen, enmarcados por unas espesas pestañas que le daban profundidad a su mirada de soñador y que encandilaba a las muchachas. Aparentaba más edad de la que tenía. No le preocupaba en absoluto su apariencia; vestía de manera informal y desaliñada para espanto de su madre, que siempre iba tras él para que cambiara su vestimenta o para que lustrara los zapatos. Amaba el deporte, que practicaba a diario como una necesidad. Tenía que soltar su energía juvenil

por alguna parte. Su principal afición o, mejor dicho, su vocación, como solía decir, era la pintura y el mundo del arte en general. Las vanguardias de las tendencias artísticas que llegaban de París lo tenían subyugado. Irse a la capital francesa era uno de sus sueños. En los ambientes intelectuales y bohemios era donde se encontraba en su salsa. Le encantaba mezclarse con gente de todo tipo y frecuentaba los antros menos recomendables de la ciudad. En aquellos lugares de los bajos fondos, entre artistas, putas y anarquistas, daba rienda suelta a sus ansias intelectuales y sexuales. Experimentaba con todo lo nuevo que se encontraba o le ofrecían. Su curiosidad innata le hacía olvidar por unas horas los modos y costumbres de su clase social adentrándose en mundos muy poco recomendables y en los que él se movía a sus anchas.

De los tres hermanos, Antonio era el más independiente, el más incontrolable, el rebelde de la familia, tal como lo llamaba su padre, y quien más dolores de cabeza le causaba. Sobre todo al ver su poco interés por la abogacía, que a todas luces estudiaba en contra de su voluntad. Aún recordaba la reacción de sus padres el día que les comunicó que le gustaría hacer Bellas Artes. Escandalizados por aquella descabellada ocurrencia, le dijeron que eso era cosa de bohemios y de gente de mal vivir, que aquella era una familia de abogados y que se olvidara de esas aficiones poco serias.

Le seguía su hermana Nuria, que acababa de cumplir veintiún años y estaba recién casada. Hacía apenas seis meses que había contraído matrimonio con Andrés Planellas, que ya rondaba los treinta, también abogado y de una familia de abolengo de Barcelona.

Nurieta era una joven modélica, jamás había dado un disgusto a sus padres. Era todo lo que deseaban y esperaban de una hija. Había estudiado en el exclusivo colegio de las teresianas de Sarriá, siempre con notas excelentes. Además, tenía hasta octavo curso de piano y hablaba francés a la perfección. Hasta su compromiso con Andrés, en los últimos años había sido una de las señoritas casaderas con más pretendientes de Barcelona. De serena belleza y porte

fino y elegante, con sus ojos verdes, una rizada cabellera castaña, siempre recogida en un gracioso moño, y su sonrisa encantadora que resaltaba su natural simpatía, la joven nunca pasaba desapercibida. Era el ojito derecho de su padre, de quien había aceptado sin rechistar la sugerencia de emparentarse con la familia Planellas.

Tras ella iba Oriol, el pequeño, que contaba con diecinueve años. Aquel mismo curso había ingresado en la Facultad de Derecho como su hermano. No solo era buen estudiante, sino que, además, se pasaba la mayor parte de su tiempo libre encerrado en la biblioteca de su padre; leía a los clásicos o algún que otro voluminoso tomo de jurisprudencia como quien lee una novela. A diferencia de Antonio, era un ser solitario. No le importaba quedarse encerrado en casa todos los fines de semana o salir solo con su familia para la misa dominical. En verano, los Frigola se trasladaban a Camprodón, pero él continuaba con sus costumbres de ermitaño. Disfrutaba con la conversación de los mayores y procuraba estar presente en las tertulias que en ocasiones organizaba papá con otros colegas en su casa; la conversación con la gente de su edad le aburría. Apenas tenía amigos, salvo Gustavo Serra, otro ser extraño y tan poco comunicativo como él. En lo físico, tampoco se parecía a sus hermanos; era pequeño de estatura y algo grueso, lo que era consecuencia de su afición a los dulces y al poco ejercicio que hacía. Antonio lo llamaba «rata de biblioteca».

Capítulo 2

En la puerta del despacho, de madera oscura tallada con motivos modernistas, relucía una placa dorada en la que se podía leer, con letras en relieve, «Pedro Frigola e hijo, Abogados». Antonio llamó al timbre. En unos segundos abrieron la puerta.

—Buenos días, señorito Antonio. Pase, pase. Ya me dijo don Pedro que vendría usted. Ahora mismo le aviso, aunque me temo que tendrá que esperar porque está con unos clientes. —Con estas palabras lo recibió Ester, la cincuentona y menuda secretaria de su padre, mientras dibujaba en su arrugado y pintarrajeado rostro una mueca con vocación de sonrisa—.

—Gracias, Ester, esperaré mientras leo el periódico, no se preocupe —dijo mientras se dirigía por el largo pasillo hasta la sala de espera, de puertas correderas acristaladas. Estaba amueblada con varios sofás y sillones chéster, tapizados en cuero marrón, y un par de mesitas con algunas revistas y periódicos. De las paredes colgaban unas litografías inglesas y dos óleos, uno, de Isidro Nonell, con una representación de sus típicas gitanas, y el otro, de Eliseo Meifrén, con un luminoso paisaje de la Costa Brava. La sala la presidía una enorme chimenea de mármol gris que a Antonio le parecía absurda y fuera de lugar. El ambiente era tan sobrio que invitaba al silencio y a hablar en voz baja; un lugar más parecido a una biblioteca que a un despacho de abogados.

Se entretuvo mientras ojeaba varias publicaciones soporíferas del Colegio de Abogados que rápido soltó, como si le produjeran algún tipo de reacción alérgica. Tomó *La Vanguardia*; con el perió-

dico tampoco se recreó demasiado. Le hastiaban las noticias de política nacional que hablaban un día sí y otro también del enrarecido clima político y prerrevolucionario en que vivía Barcelona, como cualquier otra capital española. «¡Hasta cuándo va a durar esto!», pensaba mientras miraba las fotos de unos cadáveres y el comentario que las acompañaba: «Dos militantes de la CEDA fueron encontrados muertos a tiros en la carretera de Vallgorgina. Al parecer, a medianoche los habían sacado de sus casas unos anarquistas de la FAI».

Antonio era apolítico, o al menos así se consideraba. Tan apolítico como se podía ser en aquellos tempestuosos tiempos en que los ánimos estaban tan exaltados y las pasiones a flor de piel.

A él lo que le apasionaba era el mundo del arte, lo creativo y, por consiguiente, la vida bohemia de los artistas. Su padre le echaba en cara y le recriminaba sus aficiones, diciéndole que, en realidad, a lo que aspiraba era al *dolce far niente*. «Quizás no esté tan equivocado», pensaba. El lujo y el entorno en el que se movía su familia no le atraían lo más mínimo; más bien sentía un cierto desprecio por aquella forma de vivir. A él le motivaban más otras cosas. Pensaba que quizás fuera debido a su natural tendencia ácrata, que le hacía mirar con desprecio las costumbres y la moral establecidas. Su forma de ser y de vivir era lo contrario de lo que su familia esperaba de él, lo que le ocasionaba continuas discusiones y amenazas de su padre, que estaba al corriente de las correrías y las amistades nada recomendables de su hijo.

Antonio se reprochaba a sí mismo no haber tenido nunca las narices para colgar los estudios de derecho, largarse de casa y vivir su vida, pero eso comportaba también renunciar a la asignación económica que su padre le daba y cómo no, también a su acomodada vida en la que todo se lo tenían preparado sin tener que preocuparse de nada. No sin razón, sus amigos, cada vez que querían mosquearlo, lo azuzaban entre risas:

—Antonio, tú, en realidad, no eres más que un cerdo burgués que juega a ser rebelde.

Él seguía la broma, pero le fastidiaba oírlo, aunque en el fondo no dejaba de reconocer que no les faltaba razón. Estaba seguro de que más pronto que tarde surgiría algo que encendería la chispa y le daría las fuerzas suficientes para renunciar a su burguesía y comenzar a vivir su propia vida.

Por el largo pasillo de las oficinas, los pasantes y personal administrativo iban de una oficina a otra con montones de documentos. Varios clientes del bufete entraban y salían de los distintos despachos, pero el de su padre permanecía cerrado.

Al cabo de un buen rato, se abrió la puerta y salió don Pedro Frigola para acompañar a una pareja hasta la puerta.

—Señores Bosch, estén tranquilos, saben que están en buenas manos. Les aseguro que con una correcta argumentación jurídica se resolverá este asunto. De todas formas, no duden en llamarme para aclararles cualquier duda que tengan —les dijo don Pedro a sus clientes.

Después se dirigió a la sala donde ya había visto que su hijo lo esperaba

—Pasa, Antonio, que tenemos que hablar un rato.

Entraron en el despacho. Era amplio y luminoso, con el ventanal de un balcón que daba a la Vía Layetana. Estaba decorado con mobiliario actual, una mesa escritorio de caoba y sillones de cuero negro. Una gran biblioteca ocupaba toda la parte derecha. Solo había conservado por nostalgia un par de enseres del antiguo bufete que habían sido de su padre. En las paredes tenía colgados cuadros modernos: un Picasso de la época azul de pequeño formato y dos retratos, uno de su padre y otro de su abuelo, pintados por Casas con las togas de juristas.

Un apestoso puro se consumía despacio en un cenicero de cristal que había sobre la mesa. Junto a él, dos fotografías con marco de plata, una de su mujer y sus hijos y otra de su difunto padre, y al otro extremo, un teléfono negro.

Don Pedro no se sentó en el sillón tras la mesa, sino que ocupó uno de los asientos de confidente en un intento de eliminar ba-

rreras y mostrar cercanía e intimidad durante la conversación que iba a mantener con su hijo. Con un gesto, lo invitó a que tomara asiento y sin más preámbulos le dijo:

—Supongo que te habrá extrañado que te haya citado aquí para hablar. No he querido hacerlo en casa porque es un tema bastante delicado como para que lo tratemos tú y yo a solas, sin la presencia de mamá y de tu hermano. Ya conoces a tu madre y se pone muy nerviosa con cualquier cosa que la saque de su vida rutinaria. Ya la pondré al corriente poco a poco de mis planes —dijo sin abandonar su semblante serio.

Antonio cada vez estaba más nervioso. No podía imaginarse el motivo de tanto secretismo.

—Tú dirás, papá, me tienes intrigado.

—A pesar de que tú siempre vas a tus cosas y parece que no te interesa el mundo que te rodea, y mucho menos participar en las cuestiones familiares, no se te habrá escapado la cada vez más delicada y peligrosa situación que se vive no solo en Barcelona, sino en toda España.

—Claro, papá, ni que estuviera ciego. ¡Eso lo ve todo el mundo!

—Te agradecería que no me interrumpieras hasta que haya terminado, ¿de acuerdo? Pues, como te decía, por las noticias que tengo, al Gobierno de la República la situación se le va de las manos; hay rumores bastante fiables de movimiento en los cuarteles. Por otro lado, ya ves cómo están en el parlamento, cada vez más enfrentados, y, en la calle, los descerebrados simpatizantes del POUM, Esquerra, el PSUC, los comunistas y los de la FAI calientan el ambiente de tal forma que no hay día que no haya altercados o maten a alguien. En estos momentos, la gente de bien, los que hemos hecho prosperar esta tierra, somos el punto de mira de esa chusma. Claro está, sería de locos e imprudentes verlas venir con los brazos cruzados.

»En las reuniones que tenemos cada mes en el Colegio de Abogados estamos todos de acuerdo y cada uno ha comenzado a elaborar su propio plan por si se agrava la situación. Como puedes

imaginarte, he pensado mucho en ello y también tengo un plan para nuestra familia. Llevo ya algún tiempo organizándolo y tú tienes un papel determinante.

Antonio miró sorprendido a su padre, incrédulo de que hubiera contado con él para algo de cierta responsabilidad.

—¿Sí? Pues cuéntame qué es lo que has pensado que debo hacer.

—A través de mi colega y colaborador en Suiza, el abogado Gastón Bénét, a quien creo que conoces, ya que cenó en casa en un par de ocasiones durante sus estancias en Barcelona, he alquilado un apartamento en Ginebra y allí marcharéis mamá, Oriol y tú. También irá con vosotros la señora Encarna. Tu madre no sabe hacer nada sin ella y como, por supuesto, necesitaréis allí una asistente, nadie mejor que ella. *Monsieur* Bénét, además, ha buscado unas buenas academias para tu hermano y para ti. Creo que lo más conveniente es que en esta interrupción de tu carrera te dediques a mejorar tu francés y que aprendas también alemán, que es un idioma de futuro. Tengo abiertas unas cuentas a vuestro nombre en un banco suizo donde ya hay fondos suficientes y de sobra para pasar una buena temporada. Esperemos que esta inestabilidad no dure mucho tiempo.

—¿Y cuál es mi papel en todo esto? —preguntó, escéptico porque su padre confiara en él para algo.

—Tú eres mi hijo mayor, tienes veintitrés años, ya eres un hombre y, por lo tanto, en mi ausencia, debes asumir tú la responsabilidad de la familia —Fijó los ojos en los de su hijo mientras intentaba escrutar su reacción. Lo que no le contó es que esperaba que su ausencia de Barcelona por un tiempo lo hiciera madurar y, a la vez, se despegara del poco recomendable ambiente en el que se movía. Un cambio de aires y de ambiente en una ciudad como Ginebra le vendría muy bien.

A la perspicacia del chico no le pasó desapercibida esa segunda y oculta intención de los planes del padre, aunque este no lo hubiera mencionado. Por muy maquiavélico que fuera don Pedro,

Antonio era inteligente y sabía bien que él ya había pensado en eso y aprovecharía la ocasión para matar dos pájaros de un tiro.

—Papá, y tú, si no es indiscreción, ¿qué tienes pensado hacer mientras nosotros estemos fuera? No pensarás quedarte aquí.

—De momento, tengo que mantener el despacho abierto. Conoces mi posición en Barcelona y no puedo dejar colgados a nuestros clientes. Por supuesto, si la situación se complicara mucho más, me reuniría con vosotros en Ginebra.

»También le propuse a Andrés, tu cuñado, que permitiera a Nurrieta ir con vosotros, pero él ya lo tiene todo pensado para marchar con su familia a Lisboa. Tienen parientes allí y les van a organizar su estancia. Hubiera preferido que tu hermana fuera a Ginebra, pero ahora quien decide es su marido. De todas formas, allí también estará segura. Quizás cuando la volvamos a ver ya me haya hecho abuelo —comentó don Pedro en un intento de desdramatizar la conversación.

—¿Y cuándo tendremos que marchar, papá? ¿Es inmediato?

—Esperaremos un poco más, pero de continuar así la situación, sería antes de Semana Santa, durante el mes de marzo. Pasaremos la Navidad tranquilos, sin decir nada a nadie. Espero que seas discreto. No es conveniente que estos planes trasciendan. Esperaré un poco para comunicárselo a la familia; no quiero aguarles las fiestas a tu madre y a tus hermanos.

Antonio pensaba que marzo estaba apenas a cuatro meses y que disponía de ese tiempo para mentalizarse. En realidad, eso era un exilio, una ruptura con su vida actual. La otra, y única, alternativa que le quedaba al plan de su padre era largarse de casa de una vez. Pero en esta ocasión no le pareció que debiera prevalecer esa idea. En este caso, no le afectaba a él solo, sino a toda su familia, y aunque no fuera un hijo ejemplar, no los iba a dejar en la estacada. El astuto de su padre le había tendido una trampa que no podía eludir. Pensaba también en cómo había eludido a su madre, cómo la desautorizaba, tratándola como si fuera incapaz de hacerse cargo de la familia en su ausencia. Aunque no era nada nuevo a lo que

se vivía en su casa, Antonio sabía que su madre era una mujer inteligente y sensible y si no había tomado más decisiones en su matrimonio se debía a que él la consideraba débil e incapaz y, por lo tanto, alguien en quien no podía confiar. Ella, para él, era poco más que un florero.

Carmen Sentís de Frigola tenía cuarenta y cuatro años en el momento en que su esposo decidió mandarla con sus hijos a Ginebra. Mujer elegante y delicada, aún conservaba la belleza serena de cuando era joven. Las canas que habían comenzado a aparecer realzaban más su aspecto distinguido. En su pálido y delicado rostro habían asomado unas arrugas apenas perceptibles en las comisuras de los labios y alguna que otra pata de gallo. Sus oscuros y soñadores ojos de mirada lánguida habían perdido hacía tiempo la chispa de alegría que un día tuvieron.

La casaron antes de cumplir los veinte años con Pedro Frigola, que le llevaba nueve. Según sus padres, porque era un buen partido, de buen apellido y con el que formaría una familia feliz. Siempre le repetían que confiara en ellos, que sabían muy bien lo que le convenía. Como había hecho siempre, Carmen aceptó sin rechistar. El noviazgo fue preparado por las madres de la pareja con la apariencia de que los jóvenes estaban enamorados. A la muchacha nadie le preguntó en ninguna ocasión si le gustaba Pedro o si al menos le caía simpático. Su relación fue correcta y sin sobresaltos. Su prometido era amable y no mal parecido. La llevaba al teatro, la obsequiaba algunas veces con flores y todos los domingos por la tarde paseaban por las Ramblas hasta el Café de la Ópera, donde tomaban un helado. Pedro le hablaba de los asuntos que llevaba en el bufete. Ella, aburrída, se esforzaba en prestar atención a sus explicaciones; quería darle la impresión a su prometido de que le interesaba lo que le contaba. En ocasiones, no podía evitar los bostezos que delataban su desinterés.

Llegó el día de la boda, todo un acontecimiento social. Asistieron más de quinientos invitados, todos ellos personas relevantes y de prestigio de la burguesía barcelonesa. La ceremonia religiosa

se celebró en la catedral y fue oficiada por el obispo, que accedió a casarlos porque no podía negarle nada a don Pedro, a quien debía muchos favores. A pesar de la boda principesca y el viaje de novios que llevaron a cabo por varias capitales europeas, Carmen muy pronto fue consciente de que Pedro y ella eran unos perfectos desconocidos, que tenían pocas cosas en común y que la atracción física era nula por ambas partes.

Su matrimonio había sido una unión sin amor pero sin sobresaltos. No tardaron en llegar los hijos. Pedro se pasaba todo el día en el despacho y ella apenas salía, siempre estaba en casa con los niños y cuidando de las cuestiones domésticas. El sábado por la tarde solían dar un paseo o visitaban a algún familiar. El domingo asistían a misa en la iglesia de la Merçé, tras lo cual tomaban el aperitivo en la Plaza Real. Las vacaciones de la familia siempre se pasaban en la finca que había heredado de sus padres en Camprodón. Sus amistades se reducían al círculo de colegas de su esposo y sus amigas de toda la vida. Por fortuna, Carmen había encontrado en la música su refugio y de ella se valía para echar al vuelo sus ilusiones más infantiles. Esa afición le venía desde niña por las clases de piano que le habían impartido durante años y que de mayor siempre consideró que era lo mejor que pudieron hacer sus padres por ella. Todas las tardes, tras tomar el té, tocaba unas horas el piano. Ella decía que esa era su terapia, que así no necesitaba visitar a ningún psiquiatra y ahuyentaba los pájaros negros de la nostalgia que en ocasiones buscaban anidar en su cabeza. Los Frigola no se perdían una ópera; tenían un palco en el Liceo y también asistían a conciertos en el Palau de la Música. Esa era la rutina de su vida y tampoco anhelaba nada más.

Con los años había tomado afecto a su esposo. No le había dado mala vida, era inteligente, trabajador y, además, el padre de sus hijos. Su madre le dijo que el amor llegaría con los años, aunque en su caso, de ser así, pasó de largo. Se autoconvenció y pensó que «el amor no es imprescindible en un matrimonio; lo más probable es que ni tan siquiera exista y no sea más que la fantasía de los escritores románticos».

Creía que la vida le había dado lo máximo que podía esperar de ella. Incluso a pesar de que un alma caritativa la puso al corriente de que su marido tenía, desde hacía mucho tiempo, una amante. En un principio se sintió herida en su orgullo; aun así, no se escandalizó demasiado, ni tan siquiera le puso mala cara ni intentó averiguar quién era la querida de su esposo. Era bastante habitual que los hombres de su círculo social tuvieran una concubina con quien desahogarse. Sin lugar a duda, aquella situación tenía la ventaja de que no le exigía hacer uso del matrimonio muy a menudo.

Su vida transcurría tranquila y sin sobresaltos. Las decisiones importantes las tomaba su esposo; a ella nunca le consultaba, solo le informaba. En cierta forma, le venía bien que alguien pensara por ella y le evitara dolores de cabeza. Su vida estaba centrada en la educación de sus hijos, llevar la casa y controlar al personal de servicio, sus labores de ganchillo, algo de lectura y sus largas horas al piano. En esto encontraba la paz y el equilibrio emocional que necesitaba.

